

El último libro de John Strachey

Escribe: HELCIAS MARTAN GONGORA

Fue muy largo el sendero ideológico que hubo de recorrer el inglés John Strachey en la búsqueda íntima de una respuesta a su inquietud constante. En su viaje interior escuchó, a la siniestra, también la voz de las sirenas socialistas. Hasta que un día el estudiante de Eaton y de Oxford, que transitó por su camino de Damasco, escuchó **El clamor sofocado**. Replanteó, entonces, sus tesis y experiencias políticas. De esta labor honesta de tala y rectificación surgió su obra última: **El desafío de la democracia**, cuya traducción española se editó en Buenos Aires el año pasado.

Tan importante o más que su lección escrita es el ejemplo humano de John Strachey, por la capacidad de liberación que él entraña. Sobre todo en países como el nuestro, en donde la lealtad —a veces irreflexiva— a un credo político se confunde con la fidelidad conyugal y truécase en cuestión de honor. ¡Ay del que retrocede hacia la izquierda! ¡Ay del que evoluciona hacia la derecha! Serán llamados tráfugas y condenados a las tinieblas exteriores. Como si los partidos tradicionales fueran la negación del libre albedrío y de

toda facultad de raciocinio. Strachey nunca eludió el análisis. Su vida fue un laboratorio de ideas, aunque también se consagró como hombre de acción y desempeñó cargos de responsabilidad dentro del gobierno británico desde 1943, —en que fue electo parlamentario por el partido laborista— hasta 1963, el año de su muerte.

Como en un gran tablero de ajedrez coloca John Strachey —en su libro— de un lado al comunismo internacional, y del otro a las democracias occidentales. El polemista cede al árbitro imparcial. Con seriedad inglesa registra los movimientos favorables, lo mismo que las fallas de cada bando, sin prejuzgar ni adelantar opiniones. Colocado en el fiel de la balanza aún tiene vigencia su enseñanza final, que es al mismo tiempo vaticinio y consejo. Sobre todo para nuestra época interferida por el comunismo criollo. Quede aquí, como testimonio fehaciente. Como advertencia y reto memorables.

“Llego así a la conclusión de que la democracia no es una panacea universal pero demostrará ser el sistema político del futuro. No es una panacea, primero, por-

que todavía no puede aplicarse en muchas partes, y segundo, porque aunque pudiese aplicarse no lograría con todo resolver por sí sola algunos de los problemas más graves de nuestro tiempo. No obstante, la democracia es el sistema político del futuro porque es, con mucho, la mejor manera y a la larga la única forma tolerable de dirigir una sociedad compleja, muy evolucionada, cuyo pueblo esté integrado por personas muy educadas y capaces de participar en los asuntos públicos. Como estas sociedades son las que más poder e influencia ejercen, habrán de servir de norma al resto del mundo. Pero esto es mirar la democracia con ojos fríos y utilitarios. La democracia no es solo la forma más práctica de organizar una comunidad moderna. Es mucho más. Es el único sistema político que recono-

ce el valor absoluto de todo ser humano; expresa la convicción de que, por encima y más allá de todas las enormes desigualdades —de educación, oportunidad y quizás talento innato— que distinguen a un hombre de otro, hay sin embargo una igualdad última entre los seres humanos en cuanto tales. La democracia expresa la convicción de que ninguno de nosotros, y desde luego ningún gobierno, tiene derecho a decir que un hombre es inherentemente mejor que otro. En una palabra, la democracia es un sistema político para hombres libres y no para esclavos”.

Obras como *El desafío de la democracia*, por John Strachey, merecen la más generosa difusión. No solo en Colombia sino en todo continente políticamente subdesarrollado.